

UNA SANTA COLOMBIANA

I

Si el don de Dios que se llama gracia favorece a la persona desde que nace y obra constantemente sobre ella hasta resolver su vocación; si es un germen que Dios deposita en el corazón de sus elegidos y va desarrollándose hasta que produce su más preciado fruto, o si su efecto es momentáneo, como el ejercido sobre el Apóstol de las gentes, quien después de ser el mayor perseguidor de los cristianos, se convierte a Cristo instantáneamente y de allí en adelante es modelo de energía, actividad y abnegación en servicio de la nueva religión, a cuyos fieles había combatido con las mismas armas que después defendió; o si de ambas maneras Jesucristo encamina a las almas a su destino, es cosa que no podemos resolver. Pero es inevitable meditar en la manera como obra la gracia sobre el individuo, al leer la interesante *Vida de la Madre María de la Santa Cruz*, escrita por un sacerdote francés y vertida al castellano por Rafael Herrán.

La que en el mundo se llamó Emma Herrán y Echeverri era una de las jóvenes más hermosas de Medellín; descendía de los Mosqueras, como biznieta de aquel gran general que después de haber sido predilecto de Bolívar y jefe de los conservadores, se convirtió en enemigo de éstos, asumió la jefatura del partido contrario y desterró a los religiosos del territorio de Colombia; y formaba en la ilustre familia de los Herranes, por ser nieta del vencedor en Cundurcunca, que ceñía espada que nunca se rindió al enemigo, y que ornó la silla de los Presidentes de Colombia. Esta dama de familia ilustre por su padre, noble por la dignísima e inteligente autora de sus días, educada en Europa, vuelve a Medellín a ser allí mimada en la sociedad que la vio nacer; a ser la admiración de la juventud que la trata

en los salones, en paseos y en diversiones, que ella frecuentaba con encanto y entusiasmo; y cuando se la creía más ávida de placeres sociales y más engreída con galanteos y atenciones, y estaba próxima a comprometerse con un joven de las familias notables de Medellín, resuelve hacerse religiosa y desprendiéndose de todas sus galas, cambia las joyas y vestidos lujosos por el hábito humilde de las monjas del Buen Pastor, que va a tomar a Brooklyn, a donde sigue con los suyos, que se encaminaban a Washington donde su padre iba a desempeñar un importante y delicado puesto diplomático.

Es cierto, y ella misma lo confesaba, que en medio del brillo de las fiestas y de los homenajes que recibía no le era posible dominar la tristeza que a solas se apoderaba de ella después de las diversiones y aun en medio de éstas sentía un vacío que lo meramente humano no podía llenar. Entonces creyó que debía elegir vocación y se decidió por la del matrimonio, pero cuando iba a dar el sí apetecido por el que parecía ser objeto de su amor, se detuvo, pidió prórroga para decidirse, y al fin resolvió dedicarse a Dios. Su corazón era tan grande, que sólo El podía llenarlo.

En el noviciado de Brooklyn hizo sus primeros votos, después de cuatro años de haber salvado las puertas de aquel dichoso asilo, que llevó tranquilidad al corazón que no la encontró en los salones de la sociedad medellinense ni en los galanteos de los jóvenes más distinguidos que los frecuentaban. Ella se sintió dichosa en medio del silencio del claustro y de los humildes trabajos a que dedicaba su actividad y energía. Sin embargo, dudaba por instantes en si la vida contemplativa no respondería mejor a sus inclinaciones y deseos: si no sería preferible imitar a Santa Teresa de Jesús, que dedicarse a salvar a las Magdalenas y a enseñar a los niños puestos al cuidado de las monjas del Buen Pas-

tor. La meditación constante y la oración la cautivaban, porque así creía poder acercarse más a Dios, pero al fin se convenció de que estaba llamada a una vida activa, a salvar almas, por más que la atrajera la vida de las carmelitas. Sin embargo, Santa Teresa seguía fascinándola y el espíritu de la Doctora de Avila se siente en sus notas, en los pensamientos y en las cartas que se recogieron después de su muerte.

En el noviciado de Brooklyn comenzó a mostrar sus grandes cualidades de organizadora; su profunda humildad, su caridad, su amor al orden y al aseo, su connaturalización con la pobreza, su espíritu práctico, su conocimiento del corazón humano, una prodigiosa actividad; y aquellas facultades intelectuales que no son propias del común de las gentes, que más tarde la distinguieron como maestra de novicias en Providencia y que se vieron en todo su esplendor en Angers y en Miserghin.

La vida religiosa de Emma Herrán fue corta, sólo duró once años. Puede dividirse en dos partes: la primera, la comprende su vida de noviciado en Brooklyn, donde se le dio el nombre de Sor María de la Santa Cruz, su estancia en Providencia, de primera maestra de la Preservación y luégo su permanencia en Angers, en la casa madre general de la orden del Buen Pastor, a donde fue llamada a hacer los votos perpetuos y donde en poco tiempo se hizo conocer hasta el punto de haberle confiado el consejo general de la orden el puesto de superiora en Miserghin, fundación de Argelia para donde partió sin dilación. Estudiar su labor allí, la manera como combinó la vida interna con la vida activa, es decir, la segunda parte de su labor religiosa, debe ser materia de otro artículo. Esta se distingue por su progreso en el amor divino y por el poderoso influjo que ejerció sobre las almas confiadas a su cuidado.

JUAN A. ZULETA